

# Misa Dominical

Para la celebración dominical y la pastoral litúrgica

30 de junio; 7, 14 y 21 de julio de 2019

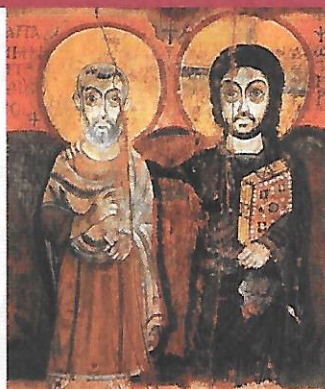
MD 2019 / 09

## VIVIR CADA MOMENTO EN ACTITUD DE DISCÍPULO

El riesgo que tal vez debemos afrontar ahora es la relajación de nuestras actitudes cristianas. Como ya hace muchos días que hemos celebrado la Pascua, como ya hace muchos días que hemos vuelto a la cotidianidad del tiempo ordinario; como ahora algunos pueden disfrutar de vacaciones, la tentación es dejarnos ir en nuestra vida de fe. Por eso la oración litúrgica y la celebración dominical nos predisponen a escuchar en nuestro corazón la Palabra de Dios, que nos da pistas para desvelar nuestra vida como discípulos de Cristo. Y es que el tiempo del verano nos interpela, como cristianos, a ser discípulos. Somos llamados y escogidos para vivir la amistad con Dios.

Si escuchamos la predicación de Jesús, nos damos cuenta de cómo forma y reúne a un grupo de discípulos que le siguen, le escuchan y le aman. Es bonito contemplar la escena de los momentos en los que Jesús explica y enseña los misterios del Reino a sus seguidores. Con qué atención debían de estar, la novedad que significaba para cada uno de ellos. No caigamos en una actitud de relajación espiritual y aprovechemos este tiempo estival para revivir nuestro compromiso cristiano de seguimiento de Jesús, de prepararnos con una buena disposición de corazón y de espíritu para escuchar la voz de Dios y para atender la necesidad de los hermanos que nos rodean.

D. 13 del tiempo ordinario / C  
D. 14 del tiempo ordinario / C  
D. 15 del tiempo ordinario / C  
D. 16 del tiempo ordinario / C



DAVID ÁLVAREZ

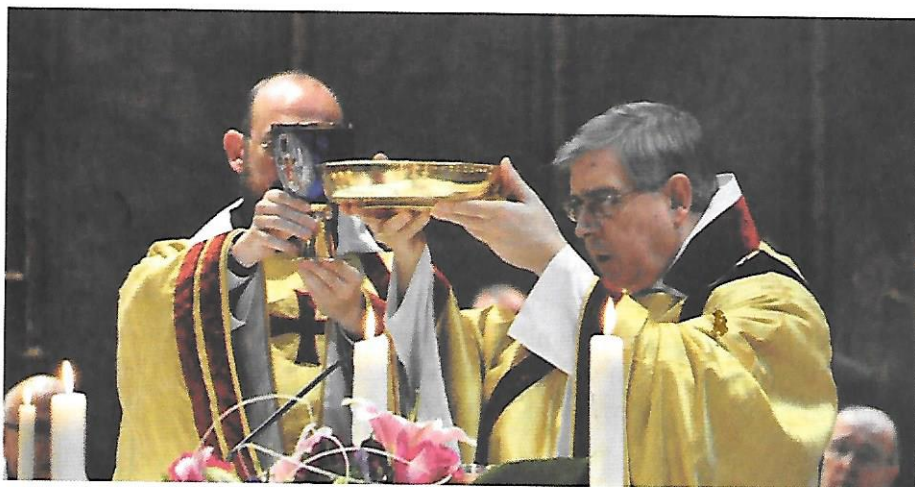
# LA MISA ES EL MEMORIAL DEL MISTERIO PASCUAL DE CRISTO

Continuando con las catequesis sobre la misa, podemos preguntarnos: ¿Qué es esencialmente la misa? La misa es el memorial del misterio pascual de Cristo. Nos convierte en partícipes de su victoria sobre el pecado y la muerte y da significado pleno a nuestra vida.

Por esto, para comprender el valor de la misa debemos ante todo entender entonces el significado bíblico del «memorial». «En la celebración litúrgica, estos acontecimientos se hacen, en cierta forma, presentes y actuales. De esta manera Israel entiende su liberación de Egipto: cada vez que es celebrada la Pascua, los acontecimientos del Éxodo se hacen presentes a la memoria de los creyentes a fin de que conformen su vida a estos acontecimientos» (*Catecismo de la Iglesia Católica*, 1363). Jesucristo,

con su pasión, muerte, resurrección y ascensión al cielo llevó a término la Pascua. Y la misa es el memorial de su Pascua, de su «éxodo», que cumplió por nosotros, para hacernos salir de la esclavitud e introducirnos en la tierra prometida de la vida eterna. No es solamente un recuerdo, no, es más: es hacer presente aquello que ha sucedido hace veinte siglos.

La Eucaristía nos lleva siempre al vértice de las acciones de salvación de Dios: el Señor Jesús, haciéndose pan partido para nosotros, vierte sobre vosotros toda la misericordia y su amor, como hizo en la cruz, para renovar nuestro corazón, nuestra existencia y nuestro modo de relacionarnos con Él y con los hermanos. Dice el Concilio Vaticano II: «La obra de nuestra redención se efectúa cuantas veces se celebra en el altar el sacrificio de la



cruz, por medio del cual "Cristo, que es nuestra Pascua, ha sido inmolado"» (Const. Dogm. *Lumen gentium*, 3).

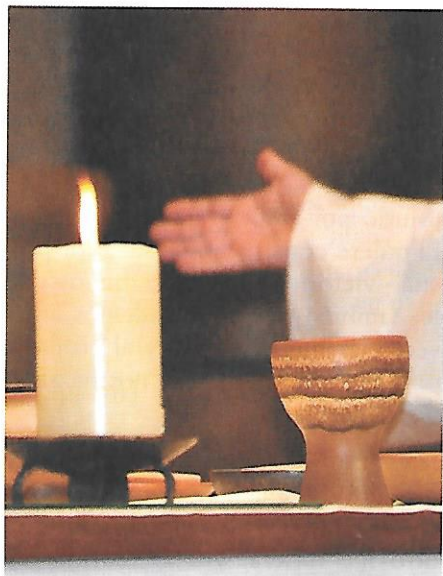
Cada celebración de la Eucaristía es un rayo de ese sol sin ocaso que es Jesús resucitado. Participar en la misa, en particular el domingo, significa entrar en la victoria del Resucitado, ser iluminados por su luz, calentados por su calor. A través de la celebración eucarística el Espíritu Santo nos hace partícipes de la vida divina que es capaz de transfigurar todo nuestro ser mortal. Y en su paso de la muerte a la vida, del tiempo a la eternidad, el Señor Jesús nos arrastra también a nosotros con Él para hacer la Pascua. En la misa se hace Pascua. Nosotros, en la misa, estamos con Jesús, muerto y resucitado y Él nos lleva adelante, a la vida eterna. En la misa nos unimos a Él. Es más, Cristo vive en nosotros y nosotros vivimos en Él: «Yo estoy crucificado con Cristo —dice san Pablo— y ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí: la vida que sigo viviendo en la carne, la vivo en la fe en el Hijo de Dios, que me amó y se entregó por mí» (*Gálatas* 2, 19-20). Así pensaba Pablo.

Su sangre, de hecho, nos libera de la muerte y del miedo a la muerte. Nos libera no solo del dominio de la muerte física, sino de la muerte espiritual que es el mal, el pecado, que nos toma cada vez que caemos víctimas del pecado nuestro o de los demás. Y entonces nuestra vida se contamina, pierde belleza, pierde significado, se marchita.

Cristo, en cambio, nos devuelve la vida; Cristo es la plenitud de la vida, y cuando afrontó la muerte la derrota

para siempre: «Resucitando destruyó la muerte y nos dio nueva vida» (Plegaria eucarística IV). La Pascua de Cristo es la victoria definitiva sobre la muerte, porque Él transformó su muerte en un supremo acto de amor. ¡Murió por amor! Y en la Eucaristía, Él quiere comunicarnos su amor pascual, victorioso. Si lo recibimos con fe, también nosotros podemos amar verdaderamente a Dios y al prójimo, podemos amar como Él nos ha amado, dando la vida.

Si el amor de Cristo está en mí, puedo darme plenamente al otro, en la certeza interior de que si incluso el otro me hiriera, yo no moriría; de otro modo, debería defenderme. Los mártires dieron la vida precisamente por esta certeza de la victoria de Cristo sobre la muerte. Solo si experimentamos este poder de Cristo, el poder de su amor, somos verdaderamente libres de darnos sin miedo. Esto es la misa: entrar en esta pasión, muerte, resurrección y ascensión de Jesús; cuando vamos a misa es como si fuéramos al calvario, lo mismo. Pero pensad vosotros: si nosotros en el momento de la misa vamos al calvario —pensemos con imaginación— y sabemos que aquel hombre allí es Jesús, ¿nos permitiremos charlar, hacer fotografías, hacer espectáculo? ¡No! ¡Porque es Jesús! Nosotros seguramente estaremos en silencio, en el llanto y también en la alegría de ser salvados. Cuando entramos en la iglesia para celebrar la misa pensemos esto: entro en el calvario, donde Jesús da su vida por mí. Y así desaparece el espectáculo, desaparecen las charlas,



los comentarios y estas cosas que nos alejan de esto tan hermoso que es la misa, el triunfo de Jesús.

Creo que hoy está más claro cómo la Pascua se hace presente y operante cada vez que celebramos la misa, es decir, el sentido del memorial. La participación en la Eucaristía nos hace entrar en el misterio pascual de Cristo, regalándonos pasar con Él de la muerte a la vida, es decir, allí en el calvario. La misa es rehacer el calvario, no es un espectáculo.

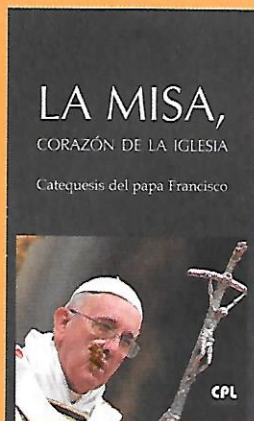
FRANCISCO, PAPA  
*Audiencia general del 22 de noviembre  
de 2017*

Con las 15 catequesis sobre la Eucaristía, que el papa Francisco ofreció en el marco de las Audiencias Generales de los miércoles en Roma, se nos invita a profundizar en el sacramento más importante de la vida cristiana, que configura nuestras comunidades y por el que somos enviados a anunciar el evangelio al mundo.

Con el lenguaje sencillo, ameno y accesible a todos que le es propio, el obispo de Roma hace un recorrido pedagógico por todas las partes de la misa y nos da pistas para participar más consciente e intensamente en la misa de cada domingo.

Las publicamos en el libro  
*La misa, corazón de la Iglesia.*

PVP 5,15 €



# TRANSMITIR EL GUSTO POR LA LITURGIA

Mi madre me vestía de fiesta los domingos. Nos arreglábamos, íbamos a misa y a la vuelta comprábamos un buen postre. De esto ya hace mucho tiempo, pero lo recuerdo como un hecho que ha marcado mi vida.

En los últimos años las familias han cambiado mucho. Las jornadas laborales, las actividades extraescolares

lo invaden todo, incluso sábados y domingos, y modifican ritmos vitales y prioridades. En las catequesis familiares, cuando se pregunta si van a misa, los niños y niñas dicen que hacen muchas actividades y que sus padres no les pueden llevar, y los padres comentan que son los menores quienes no quieren ir porque se aburren y no entienden nada.

Las familias somos «expertas» en establecer rutinas familiares. Pequeñas liturgias que ayudan a la convivencia, establecen un orden, marcan un ritmo e, incluso, muchas dan sentido a la vida. Las rutinas son adaptativas puesto que muchas perduran de generación en generación ya que son básicas para llevar a buen puerto las

actividades de la vida diaria. Pero ello no significa que no deban adecuarse a las diferentes edades, al tipo de familia, a sus valores, al tiempo y la sociedad en la que se vive. Lavarse los dientes, ordenar la habitación, quitar la mesa... Las familias sabemos que las rutinas se consolidan y cuando pasan de ser obligatorias a ser necesarias, es cuando ya están integradas en nuestras vidas.

¿Por qué, entonces, no añadir a ellas también el ir a misa y participar en la Eucaristía?

Es importante que los niños y niñas vayan con sus familias a las Eucaristías desde su nacimiento. Que poco a poco se impregnen de lo que vive y siente la comunidad que los acoge, participando en ellas adecuadamente según su edad. Jesús decía «dejad que los niños vengan a mí». Entonces cabe preguntarse: ¿por qué los niños y niñas, los jóvenes, a menudo, no son miembros activos de nuestras comunidades eclesiales ni se sienten partícipes de ellas? ¿Es que los adultos no nos lo creemos?

Encontrarse con una asamblea que los acoge, les transmite su fe y con-



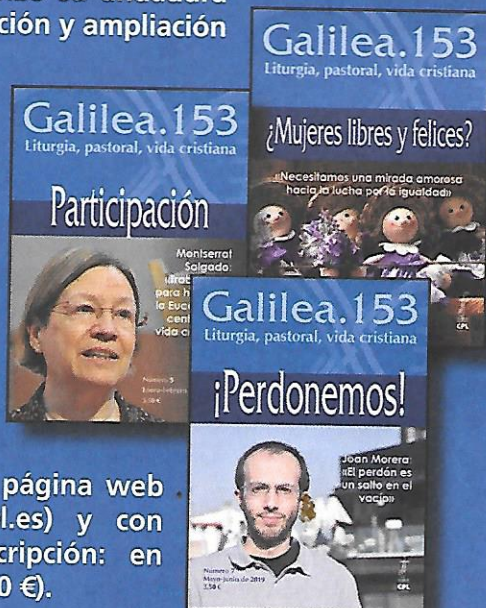
tagia su alegría, ayuda. Sin embargo, no podemos esconder que es cierto que cuesta que los niños y jóvenes repitan sentidamente una liturgia que no entienden. Ante esto: ¿debemos preparar celebraciones adaptadas para los pequeños? ¿Sí o no? ¿O tal vez no siempre? Personalmente creo que todo debe valorarse, pero que, si continuamente van a celebraciones adaptadas, nunca entenderán los símbolos, desconocerán los cánones, las respuestas, las oraciones y las moniciones y no sabrán su orden. Por tanto, sin desvirtuarlas ni perder su esencia se han de preparar celebraciones donde todos tengan cabida y se sientan invitados.

La Vida de por sí es Eucaristía porque es alimento, es amar y construir comunidad. Los niños en la catequesis, antes de hacer la primera comunión, dejan ir la imaginación y cuando les dices que el pan y el vino se transformarán en el cuerpo y la sangre de Cristo, algunos, literalmente imaginan que, cuando comulgarán, en la sagrada forma encontrarán realmente el cuerpo o la cara de Jesús... algunos se decepcionan... Tal vez deberíamos conseguir que a través de toda la celebración eucarística y su simbólica liturgia, y a través de nosotros reconocieran a este Jesús que les decimos que es amor.

ANNA-BEL CARBONELL

La revista *Galilea.153* comenzó su andadura hace un año, como continuación y ampliación del *Bloc MD*, que formaba parte de *Misa Dominical*. Nació con la vocación de continuar siendo un vivero de formación personal o en grupo para los equipos de liturgia, pero también para aproximar la liturgia a laicos y laicas, en un lenguaje accesible y para hacer visible que la liturgia.

*Galilea.153* se publica cada dos meses, cuenta con una página web propia (<http://galilea.153.cpl.es>) y con dos modalidades de suscripción: en papel (21,00 €) y digital (16,00 €).



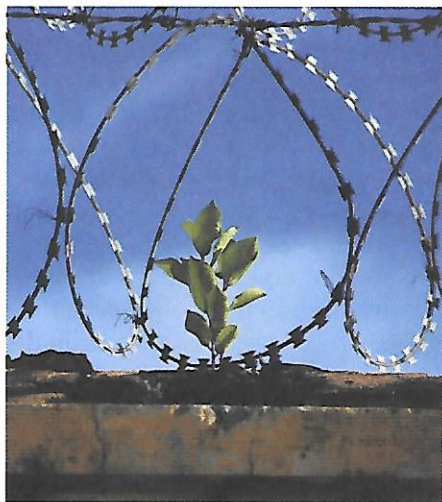
# Llamados a ser santos y santas

Por Bernabé Dalmau, a partir de la exhortación apostólica «Gaudete et exsultate» del papa Francisco

## El resumen de la Ley

En orden a evitarlo, es sano recordar frecuentemente que existe una jerarquía de virtudes, que nos invita a buscar lo esencial. El primado lo tienen las virtudes teologales, que tienen a Dios como objeto y motivo. Y en el centro está la caridad. San Pablo dice que lo que cuenta de verdad es «la fe que actúa por el amor» (Gal 5,6). Estamos llamados a cuidar atentamente la caridad: «El que ama ha cumplido el resto de la ley [...] por eso la plenitud de la ley es el amor» (Rom 13,8.10). «Porque toda la ley se cumple en una sola frase, que es: Amarás a tu prójimo como a ti mismo» (Gal 5,14).

Dicho con otras palabras: en medio de la tupida selva de preceptos y prescripciones, Jesús abre una brecha que permite distinguir dos rostros, el del Padre y el del hermano. No nos entrega dos fórmulas o dos preceptos más. Nos entrega dos rostros, o mejor, uno solo, el de Dios que se refleja en muchos. Porque en cada hermano, especialmente en el más pequeño, frágil, indefenso y necesitado, está presente la imagen misma de Dios. En efecto, el Señor, al final de los tiempos, plasmará su obra de arte con el desecho de esta humanidad vulnerable. Pues, «¿qué es lo que queda?, ¿qué es lo que tiene valor en la vida?, ¿qué riquezas son las que



no desaparecen? Sin duda, dos: El Señor y el prójimo. Estas dos riquezas no desaparecen» (Homilía 13-11-16) (*Gaudete et exsultate* 60,61).

**El tema de la «Ley» no afectaba solo a los judíos o era una obsesión doctrinal de san Pablo. No, amar a Dios y a los demás es el único mandamiento que cualquier cristiano de cualquier tiempo tendrá que sintetizar en el corazón. Pero enriqueciéndolo con un paso más: ya no se trata solo de no odiar, ni simplemente de amarlo según nos dicte el corazón. Se trata de amar según el testamento de Jesús: «Amaos unos a otros como yo os he amado».**

# Última página

## «HABLAR DE DIOS RESULTA PELIGROSO»

Mi amigo, profesor de Escritura, cuando se quejaba de sus alumnos de teología, solía repetir como una antifona: «Y estos, luego, ¿qué van a predicar?». Es que, en el servicio homilético, el predicador se ofrece a sus oyentes con todo lo que es, con su estructura y capacidad mental, con su preparación humana y teológica. La homilía es mucho más que la explicación de un texto; su fin es devolver a ese texto su carácter de palabra viva y eficaz en el corazón del creyente. Para ello, el predicador debe dejarse impregnar por esa Palabra; para poder llegar al corazón del que escucha, la Palabra debe impactar y resonar antes en el propio predicador.

Es muy difícil predicar sobre un tema ya conocido por los oyentes y, no obstante, llegar a despertar interés: ¡Eso sí que es obra de arte!, decía san Agustín. El predicador, en efecto, debe conseguir que lo relevante resulte interesante. Para ello, debe estar despierto a los acontecimientos que vive la comunidad, atender sus problemas y aspiraciones, saber leer sus silencios y sus puntos suspensivos. Ante todo, la homilía debe retener del mensaje bíblico su carácter de «buena

nueva». Si produce tedio e indiferencia es que ya ha dejado de ser Evangelio, buena noticia. Como escribió en su día el biblista E. Käsemann: «Si la gente se queda fuera de la Iglesia no es porque hay demasiados teólogos críticos. Lo aburrido de la predicación cristiana representa, sin duda, un peligro más grande, que toda la crítica histórica reunida en fascículos» (*La llamada de la libertad*, p. 190).

Conmover, a este respecto, el testimonio de Tatiana Góricheva, una conversa al cristianismo en la antigua Unión Soviética que, tras diversos encarcelamientos, fue expulsada del país en 1980. Ya en Viena, el 20 de agosto de ese mismo año, escribía en su diario: «He visto por televisión la primera emisión religiosa en toda mi vida. Doy gracias a Dios de que entre nosotros haya ateísmo y no exista “formación religiosa”. Lo que hacía aquel hombre en la pantalla era capaz de hacer salir de la Iglesia a muchas más personas que la torpe palabrería de nuestros ateos pagados. Por primera vez comprendí cuán peligroso es hablar de Dios. Cada palabra tiene que rebosar de autenticidad. De lo contrario es preferible callar».

**XABIER BASURKO**

### Centre de Pastoral Litúrgica

✉ Nàpols 346, 1 - 08025 Barcelona  
☎ 933 022 235 ✉ cpl@cpl.es - www.cpl.es  
wa 619 741 047

Director de la publicació: Xavier Aymerich

Año LI

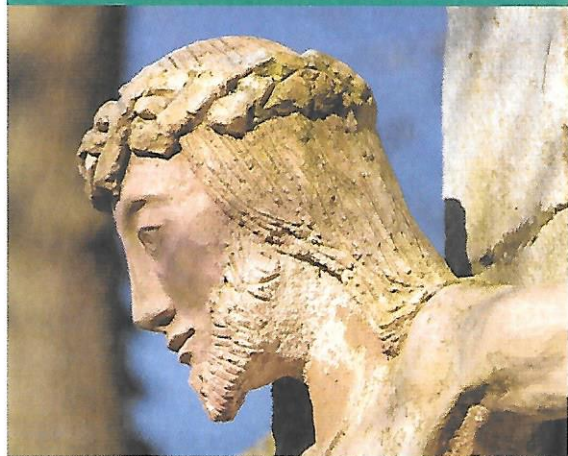
Subscripción anual: 80,50 €

Precio de cada ejemplar: 5,00 €

Imprenta: Agpograf

ISSN 1887-8202 / D.L.: B.18.369-1975

# LA ORACIÓN



**L**a oración es algo fundamental y básico para los cristianos; no solo importante, sino necesario. Nuestra fe en Jesucristo no tiene sentido si no la expresamos en una vivencia personal de diálogo, de comunicación, de amistad con Dios.

Rezar no es una teoría ni una técnica. Es ir al encuentro de Alguien que nos está esperando, porque nos ama. Hay que ir con ilusión, con un corazón dispuesto a silenciarse y escuchar; dejarlo entrar en la propia vida y comenzar un diálogo de amistad.

Dios habla a través de su Palabra, de los acontecimientos y de las personas. Dios habla y nosotros le escuchamos y respondemos con nuestra oración.

La oración no es una parte de la vida cristiana, es la misma vida enfocada hacia Dios; la oración compromete a la persona entera. Rezar es ir configurando la vida, según el designio-voluntad de Dios para nuestra vida.

La oración no cambia el acontecimiento ni la situación de las cosas, pero cambia la disposición de la persona que reza.

## JESÚS REZA

Jesús fundamenta su vida y su acción en una experiencia espiritual intensa basada en la oración con Dios, el Padre, y se dirige a él como hijo.

- Dedicar tiempo a la oración, a pesar de su gran actividad: Mt 14,23; Mc 1,35; Lc 5,15-16; Lc 9,18.
- Con expresiones de alabanza y de acción de gracias: Lc 10,21; Jn 11,41-42.
- En momentos importantes: Lc 3,21; Lc 6,12.
- En momentos de máxima desolación, manifiesta su confianza: Mt 26,36-46; Mc 15,34; Lc 23,46; Jn 12,27; Jn 17,1.
- Reza con los discípulos y por los discípulos y por todos: Lc 9,28; Lc 22,32; Lc 23,34; Jn 17,9.
- Participa de la oración litúrgica con la gente de su pueblo: Lc 4,16.
- En la institución de la Eucaristía: Lc 22,16-20.

## JESÚS NOS DICE CÓMO DEBEMOS REZAR

«Señor, enséñanos a rezar», le dicen los discípulos a Jesús (Lc 11,1). Y él nos da pistas:

- Hay que rezar con confianza: Jn 15,7-17; Mc 9,25-29; Lc 11,5-13; Lc 18,1-8.
- Con humildad: Mt 6,5-15; Lc 18,9-14.
- ¿Qué hay que pedir? Mt 9,38; Mt 26,41; Lc 11,13.

- Cumpliendo la voluntad del Padre en la propia vida: Mt 7,21-27.
- Acompañando la oración con el perdón: Mt 5,23-24; Mc 11,25.
- Incluso rezando por los enemigos: Mt 5,44.
- En comunidad: Mt 18,19-20.



## ALGUNAS ACTITUDES PARA REZAR COMO ES DEBIDO

Gratuidad, humildad, capacidad de contemplación, silencio, interiorización, salir de uno mismo, fe-esperanza-amor, compromiso de vida.

«La oración es la conversión de la mente a Dios con amor piadoso y humilde» (San Agustín).

«Adviertan, pues, los que son muy activos, que piensan ceñir el mundo con sus predicaciones y obras exteriores, que mucho más provecho harían a la Iglesia y mucho más agradarían a Dios, dejado

aparte el buen ejemplo que de sí darían, si gastasen siquiera la mitad de ese tiempo en estarse con Dios en oración. Cierito, entonces, harían más y con menos trabajo con una obra que con mil, mereciéndolo su

oración y habiendo cobrado fuerzas espirituales en ella, porque de otra manera todo es martillar y hacer poco más que nada, y a veces nada, y aún a veces daño» (San Juan de la Cruz).

«No el mucho saber satisface el alma, sino el gustar y sentir interiormente» (San Ignacio de Loyola).

«Orar es tener un trato de amistad con quien sabemos nos ama» (Santa Teresa de Jesús).

«¡La oración es un impulso del corazón, una sencilla mirada dirigida al cielo, un grito de agradecimiento y de amor, tanto en la prueba como en la alegría!» (Santa Teresa del Niño Jesús).

«Rezar es pensar en Dios amándolo» (Beato Carlos de Foucauld).

«No dejéis de tener cada día unos momentos de oración. En ella el Señor habla al corazón y nos dice lo que quiere que seamos y hagamos. Además nos da fuerzas para llevarlo a término. Acudimos a Dios, en quien siempre encontraremos a un buen amigo» (Santa Joaquina de Vedruna).

«La oración, evidentemente, se hace de muchas maneras, sabiendo que siempre es una comunicación con el Dios viviente. Agradecer, pedir perdón, adorar, alabar, reclamar ayuda, contemplar en silencio humilde y confiado. Cantando, meditando la Biblia, leyendo poco a poco un buen libro de espiritualidad y dirigiendo a Dios la mente y el corazón (como las gallinas del patio de casa que beben y levantan la cabeza...). Solo, en familia, con el grupo, en la comunidad, con el pueblo en general...» (Pedro Casaldáliga).

## TIPOS DE ORACIÓN (POR SU CONTENIDO)

- Revisión de la propia vida a la luz del Evangelio.
- Alabanza y acción de gracias.
- Petición por las propias necesidades y por las de los demás.
- Pedir perdón.
- Tristeza y desolación.
- Ofrecimiento de su propia vida.

## DIVERSAS FORMAS DE ORACIÓN

- La oración puntual en un momento del día, poniendo la propia vida en manos del Señor.
- Un rato de oración personal a partir de la Palabra de Dios, los salmos, el silencio, oraciones establecidas, oraciones repetitivas.
- La oración contemplativa, de adoración y meditación.
- Una oración tipo retiro más largo, con ratos de lectura, reflexión, meditación, silencio.
- La oración comunitaria, que puede tener también diversos formatos, con cantos...
- La oración litúrgica: la Liturgia de las Horas, las celebraciones sacramentales, la Eucaristía.



## LA LITURGIA DE LAS HORAS

La Liturgia de las Horas es la oración «oficial» de la Iglesia, que nos pone en comunión con todos los cristianos que rezamos con los mismos textos en las diferentes horas del día: sobre todo Laudes por la mañana y Vísperas al atardecer, y también la Hora de entre el día, Completas por la noche, y el Oficio de lectura. Está pensada para ser rezada en comunidad, pero también se puede hacer individualmente. Incluye la Palabra de Dios, sobre todo salmos, textos de la tradición de la Iglesia, oraciones de gran valor histórico y espiritual. Y contiene todas las actitudes de los diferentes tipos de oración. Por eso vale la pena rezar con la Liturgia de las Horas.

Puede ayudarnos la hoja verde «Liturgia de las Horas. Guía para principiantes» (Oración 63).

*Algunas hojas verdes sobre la oración: La Biblia nos ayuda a rezar (Oración 1), Los salmos, nuestra oración (Oración 4), Oraciones de los cristianos (Oración 26), Salmo 131 (130), una propuesta de oración (Oración 69).*

## SÚPLICAS A JESÚS

Hombres y mujeres de los evangelios se han dirigido a Jesús confiadamente con súplicas que podemos hacer nuestras:

«Maestro, ¿dónde vives?» (Jn 1,29-39).

«No tienen vino» (Jn 2,1-12).

«Señor, dame de esa agua, para que no vuelva yo a tener sed» (Jn 4,5-26).

«Si quieres, puedes limpiarme» (Mc 1,40-45).

«Señor, no tengo a nadie que me ayude» (Jn 5,1-18).

«Señor, no merezco que entres en mi casa» (Mt 8,5-13).

«¡Ten compasión de nosotros, Hijo de David!» (Mt 9,27-31).

«Señor, si eres tú, mándame ir a ti» (Mt 14,24-33).

## UNAS PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN PERSONAL

- ¿Qué es para mí la oración?
- ¿Rezo? ¿Cómo? ¿Cuándo?
- ¿Concedo suficiente importancia a la oración en mi vida?
- ¿Qué es lo que más me cuesta? ¿Qué dificultades tengo para rezar?
- ¿Qué actitudes debería mejorar a la hora de rezar?
- ¿Qué propósitos puedo hacerme a partir de ahora?